

INCONSTANCIA.

Nemo mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retro, aptus est regno Dei.

Ninguno que despues de haber puesto su mano en el arado vuelve los ojos atrás, es apto para el reino de Dios.

(Luc. IX, 62.)

Aunque la gracia tiene infinitos medios para atraerse un corazón pervertido, y aunque muchas veces cambia las inclinaciones más contrarias á la obligación en disposiciones de penitencia, con todo, hay algunas almas que, por su natural disposición, prometen ménos esperanza de salvación, y parece, que dejan ménos elementos á la gracia, para atraerlas á la verdad y á la justicia.

Ved aquí el carácter de una alma inconstante, que, tan presto, movida de sus miserias, se convierte á Dios, como, olvidándose de Dios, se deja arrastrar por sus miserias; que, tan presto se disgusta del mundo, como de la virtud. Hoy, parece que la abraza el celo por cumplir con sus obligaciones; y mañana, desea con más ansia que nunca los placeres. Este estado es muy comun en el mundo, porque abundan las almas débiles é inconstantes, en las que, si bien infunde la gracia santos deseos, y principios de penitencia, las pasiones destruyen inmediatamente estos principios, y siempre prevalecen contra la gracia. Nuestra conducta es una prueba de esta verdad. ¿Cuántas veces nos hemos arrepentido, y luego hemos vuelto á pecar? ¿Cuántas veces hemos llorado nuestros injustos placeres, y, al breve rato, hemos enjugado nuestras lágrimas con otros nuevos placeres? Disgustados del mundo y de nosotros mismos, nos hemos vuelto muchas veces al Señor, y al día siguiente, disgustados del Señor, hemos vuelto á entregar al mundo, que nos presentaba nuevos encantos, el corazón, que acabábamos de quitarle. Nuestras costumbres han seguido siempre bajo esta triste alternativa de culpa y de arrepentimiento; cuantos pasos hemos dado hácia nuestra conversión, otros tantos hemos retrocedido. Temamos, hermanos míos; pues, esta inconstancia nos hace ineptos para el reino de Dios. Todos los medios de salud

eterna, útiles para los demás pecadores, se hacen inútiles para el alma inconstante; por consiguiente, la inconstancia en seguir los caminos de Dios es, entre todas las malas cualidades de una alma, la que ménos esperanza la deja de salvación. Ved aquí lo que me propongo demostraros, para que, una vez cambiados por la penitencia, perseveréis constantemente en el bien. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es imposible, dice el Apóstol, que los que una vez han sido iluminados, que han probado el don del cielo, que han participado del Espíritu Santo, y despues de esto, han vuelto á caer, se renueven con la penitencia. Los medios ordinarios de que Dios se vale para ganar á los pecadores, son primeramente, las nuevas luces con que les favorece: *Semel sunt illuminati* (HEBR. VI, 4). En segundo lugar; el nuevo gusto de la justicia y de la verdad, que acompaña siempre los primeros pasos de la penitencia: *Gustaverunt etiam donum caeleste*. Finalmente, la participacion del Espíritu divino en los santos misterios, los que, con la gracia de la justificación, dan, por decirlo así, la última mano á la penitencia: *Participes facti sunt Spiritus Sancti*. Todos estos medios son inútiles para el alma inconstante, de que voy hablando; de tal modo, que casi desesperando el Apóstol, de que su conversión á la virtud sea constante y durable, parece que dice, que es imposible, esto es, tan difícil, que apenas se halla remedio para las almas de este carácter. Oid la prueba de esta verdad.

El primer remedio útil para sacar á una alma del desorden, es el conocimiento de la verdad. Como todo el mundo vive en error y en tinieblas en orden á las obligaciones de la fé; como en él son falsas las máximas, injustas las preocupaciones, peligrosas las reglas, y hasta las verdades están mudadas y corrompidas; y como toda la seguridad de los pecadores consiste en su ceguedad; el primer medio de que se vale la gracia para la conversión de una alma mundana; es, manifestarla el mundo y la eternidad como en la realidad son, y de un modo que nunca los habia considerado. Entónces cae de repente el velo que cubria sus ojos; á cualquiera parte que mire, esta alma ve lo que nunca habia visto; ve sus obligaciones, sus esperanzas, sus pasados desórdenes; los motivos que tiene para temer en orden á la eternidad; la nada de las criaturas, el abuso de todos los placeres, el error de todas las fortunas, y la vanidad de todo lo que no es Dios. Entónces, esta alma, despertando como de un profundo sueño, con el repentino resplandor de estas divinas luces, se admira, de haber ignorado por tanto tiempo las únicas verdades que la importaba conocer;

se asusta de haber estado hasta entónces durmiendo á orillas del precipicio, sin saberlo; se confunde de habersepreciado siempre de talento, de prudencia, de capacidad y de conocimiento, sin haberle tenido para el punto más esencial, y de haberse tan torpemente engañado en orden á sus intereses eternos; y dando la novedad como una nueva fuerza á las impresiones que en ella hace la verdad, se alegra de haber, por último, abierto los ojos. Pero, este saludable remedio, tan infalible para otros pecadores, es inútil para vosotros, que tantas veces habeis sido iluminados, y otras tantas habeis vuelto á vuestras infidelidades; que tantas veces os habeis desengañado de los errores y abusos del mundo, y otras tantas os habeis vuelto á sus engaños; y así, casi nada podeis esperar de estas divinas luces, porque ¿qué impresion podrán hacer en adelante en vosotros, las verdades de la fé que se os manifiesten? ¿Qué os podrán manifestar, que ya no hayais visto? La primera vez que vieron los israelitas, por la noche, en el desierto, la resplandeciente columna que habia de guiarlos, les atemorizó la novedad del espectáculo; temieron la majestad del Dios que se les manifestaba: el espanto, el temor, la admiracion y el respeto les hizo dóciles á las órdenes del cielo; pero, cuando recayeron en sus murmuraciones, aunque se les manifestase aquella luz celestial, no era para ellos más que un espectáculo ordinario, que no les hacia ya impresion, y que en nada mudaba sus costumbres.

Leed, amados oyentes míos, en esta figura la historia de vuestras desgracias. La primera vez que Dios os manifestó su luz, y que os hizo ver las miserias y llagas de vuestra alma, atemorizados de vuestro estado, hicisteis esfuerzos para salir de él; despues, dejándoos arrastrar de vuestra flaqueza, vuestra compuncion no ha sido tan viva; habiéndoos ya familiarizado con las más terribles verdades, el horror de vuestro estado no hace tanta impresion en vuestros corazones.

¡Alma infiel! ¿qué recurso puede ya quedarte en el conocimiento de la verdad? ¿Qué podrá ésta enseñarte de nuevo? ¿Que el mundo es un engaño? ¡Ah! ya lo habias tú misma dicho en los instantes de tu penitencia. ¿Que los placeres no dejan más que fastidio y un funesto vacío en el corazón? Mil veces te lo habias confesado á tí misma, cuando experimentabas sus falsas delicias. ¿Que es cosa terrible el sacrificar una eternidad entera á un instante de embriaguez y de gusto? Esta es la primera reflexion que te acomete, aún al mismo tiempo que acabas de cometer el delito.

¿Qué puede enseñarte de nuevo el mismo Dios? ¿Con qué luces te podrá aún favorecer, que no hayas ya mil veces seguido y abando-

nado? ¿Qué verdad podrá aún manifestarte, que ya no hayas gustado y despreciado, y con la que no te hayas ya asustado y sosegado casi en el mismo instante? Es verdad, que aún puede iluminarte; pero, esto más te servirá de nuevo motivo de resistir á la verdad, que de atractivo para seguirla: ya estás familiarizado con ella, y con tus pasiones; has juntado en tu corazón la luz y las tinieblas; te has acostumbrado á sufrir la vista de las santas máximas y de tus injustas flaquezas. Oyentes, no hay cosa que no deba temerse, cuando ya no queda cosa nueva que conocer en los caminos de la salvacion, sin haber entrado en ellos; primer remedio de salvacion, inútil para el alma inconstante; el conocimiento de la verdad.

El segundo remedio, favorable para otros pecadores, es el nuevo gusto que acompaña siempre á los principios de la conversion: *Gustaverunt etiam donum caeleste*: un consuelo que derrama siempre la gracia sobre los primeros pasos de la mudanza de vida. Si, oyentes, no hay mayor consuelo, que el de aquellos primeros movimientos que experimenta el corazón con su conversion y libertad, que aquel primer testimonio, que se dá á sí misma la conciencia de su paz y de su seguridad, que aquellos primeros instantes en que, cayéndose por último nuestras cadenas, empezamos á respirar y á gozar de una suave y santa libertad. Habeis roto mis cadenas, Señor, decia un rey penitente, en los primeros instantes de su libertad: *Dirupisti vincula mea* (PSALM. CXV, 2 ET 7). Estos son los primeros consuelos de la gracia, y lo que desde luego hace con un corazón, que aún no está acostumbrado á la fuerza y á las dulzuras de sus divinas impresiones. Pero, vosotros, que estais continuamente pasando del gusto de la virtud al gusto del mundo y de los deleites: ¡oh almas inconstantes y ligeras! ¿qué suavidad ni qué consuelo podreis hallar en una nueva y santa vida, de que ya no hayais gustado mil veces? Un solo pensamiento de salvacion triunfa muchas veces de la dureza de una alma, que hasta entónces ha sido insensible; pero, vosotros, os habeis formado un corazón acostumbrado á sentir, á suspirar, á gemir, y, despues de esto, á recaer: teneis una alma afectuosa, creada con pensamientos de religion, fácil de compungirse, sin que nunca se arrepienta como debe: no teneis un corazón empedernido é incapaz de enternecerse, sino muy á propósito para recibir todas las primeras impresiones; y que, dejando el mismo imperio sobre él al mundo que á Jesucristo, es causa de que no seais á propósito para él uno ni para el otro.

¡Ah! Si tuvierais un corazón de piedra, como aquellos pecadores insensibles, pudiera un golpe de la gracia herirle, romperle ó ablan-

darle; pero, teneis un corazon de cera, en el que las últimas impresiones son siempre las más vivas; fácil de moverse, difícil de fijarse, pronto en un instante de gracia, y más pronto en otro instante de placer; sin hallar otra cosa alguna digna de ser amada en vuestros instantes de arrepentimiento más que solo Dios, y sin hallar gusto más que para el mundo, luego que se borran estos pensamientos. ¡Ah! amados oyentes míos, si supierais lo peligroso de vuestro estado, y la poca esperanza que en él podeis tener de vuestra salvacion, os estremeceriais. ¡Ah! un deshonesto puede arrepentirse; David hizo penitencia de su adulterio. Un impío puede ser tocado de Dios, y sentir el peso de la majestad que habia blasfemado; Manasés, en las cadenas, adora al Dios de sus padres, cuyos altares habia arruinado. Un publicano puede apartarse de sus injusticias: Zaqueo, despues de haber restituido lo que habia hurtado, reparte liberalmente sus propios bienes con los pobres. Una alma entregada á los deleites y á las más infames pasiones, puede ser repentinamente iluminada; la pecadora llora á los piés de Jesucristo sus pecados, los que borra aún más felizmente su amor que sus lágrimas. Pero un Acab, que avisado por Elías, ya se cubre de ceniza y de cilicio, ya se vuelve á sus ídolos, y tan presto se vuelve al profeta, como á sus falsos dioses; un Sedecías, que movido de las reconvenciones de Jeremías, le envía á llamar ocultamente, le consulta en órden á la voluntad del Señor, y al salir de allí, vuelve á caer en su ceguedad, hace arrojar al profeta en un silo, y despues vuelve á llamarle para consultarle otra vez, y ultrajarle al dia siguiente; ¡ah! en ninguna parte se lee que hicieran penitencia, y los Libros santos siempre nos los representan como príncipes réprobos y aborrecidos de Dios. ¿De qué proviene esto, amados oyentes? De que entre todas las cualidades de una alma, la inconstancia es la ménos á propósito para el reino de Dios.

2. Pero lo más terrible y lo que más debe asustar á estas almas, es; que la participacion de los sacramentos, tan útil para otros pecadores, sirve de escollo para el alma inconstante: *Participes facti sunt Spiritus Sancti*. La sirve de escollo; lo primero, porque usa inútilmente de este remedio divino. Una alma, que ha vivido mucho tiempo separada del altar, y que ha ocultado por muchos años en el tesoro de su corazon sus iniquidades antiguas y nuevas, sin llegar á descubrirlas en el sagrado tribunal de la penitencia, cuando, por último, va á postrarse á los piés del confesor, lleva unos temores y unas inquietudes que nunca habia experimentado. La majestad del lugar, la santa severidad del juez, la importancia del remedio, y la vergüenza y confusion de sus delitos, todo esto, hace en su corazon unas im-

presiones tan nuevas y profundas, que es muy difícil el borrarlas. Pero, vosotros vais al sagrado tribunal con una alma familiarizada con su misma confusion; la relacion de vuestras flaquezas, tantas veces repetida, casi no hace ya impresion en vuestro corazon; las más vergonzosas heridas no son para vosotros más que repeticiones, que, por frecuentes, no hacen novedad; vais al sagrado tribunal asegurados contra vosotros mismos; no os avergonzais de las culpas que confesais; y como la vergüenza que descubre las miserias de vuestra conciencia es casi imperceptible, tampoco tiene efecto el dolor con que las detestais.

En segundo lugar, la sirve de escollo, por el inevitable sacrilegio que se comete en las recaidas. Porque, estar continuamente arrepintiéndose, y recayendo; venir á purificarse, para volverse á manchar; no decir. Señor, pequé, sino para pecar de nuevo, esto no es ser penitente, dice un santo Padre, sino mofador y profanador de las cosas santas.

Bien sé, que la gracia del sacramento no fija la inconstancia del corazon humano, ni pone al hombre en un estado firme é invariable de justicia; ni quiero decir absolutamente, que el que despues de haber sido penitente vuelve á ser pecador, profana el sacramento. ¡Ah! para decir esto, seria necesario no conocer la miserable condicion de la naturaleza humana, é ignorar nuestra propia flaqueza; pero, sí, digo; que el que ha salido verdaderamente justificado de los piés del sacerdote, aún cuando tenga la desgracia de recaer, á lo ménos, las recaidas no serán tan prontas, y es necesario que el tiempo y las ocasiones vayan debilitando insensiblemente la gracia; que muchas infidelidades interiores hayan dispuesto, poco á poco, al alma para una nueva caida; y que los peligros, mil veces despreciados, nos hayan llevado, como con pasos insensibles, hasta el fatal momento en que caimos, pues, no se pasa en un instante del estado de la gracia al del pecado. La obra de la conversion no es obra de un instante; es una obra difícil; es necesario establecerse en ella con abundantes lágrimas, con continuas oraciones, con mortificaciones rigurosas, y con obras de perseverancia. No se pierde, pues, en un instante lo que se habia adquirido á costa de penas y trabajos infinitos, lo que era premio de las lágrimas, de las mortificaciones, de la confusion y de todos los dolores del corazon; cuando ha costado tanto el levantarse, no se vuelve á caer tan fácilmente; la seguridad de una verdadera conversion consiste, por decirlo así, en sus dificultades. Por eso los santos, han tenido á la penitencia de las almas inconstantes por públicas irrisiones de los sacramentos, y por ultrajes hechos á la santidad de nuestros misterios.

Luego, con razon os decia yo, amados oyentes, que, entre todas las cualidades, la inconstancia en los caminos de la salvacion era la ménos á propósito para el reino de Dios. Para los demás pecadores hay otros socorros; pero, para los inconstantes, ninguno hay, á lo ménos, yo no le alcanzo; para hallarle, es preciso salir de los caminos ordinarios de la Providencia en órden á la salvacion de los hombres.

Amados oyentes míos; si aún vivís en estas alternativas de gracia y pecado, acabad de declararos; bastante tiempo habeis balanceado entre el cielo y la tierra. ¿De qué sirven esos esfuerzos que haceis para volveros al Señor, con esas flaquezas que os apartan de él? ¿Qué vida tan penosa es el vivir con estas continuas revoluciones de culpas y de arrepentimiento! Bien lo sabeis; os hallais continuamente combatidos de aquellas interiores turbaciones que os llaman á la inocencia, y de las infelices inclinaciones que os vuelven á arrastrar al vicio. Vivís siempre ocupados, ó en llorar vuestras flaquezas, ó en vencer vuestros remordimientos. Jamás sois felices, ni en la culpa, en la que no hallais paz, ni en la virtud, en la que no podeis permanecer constantes. Tened, pues, piedad de vuestra alma; estableced una paz sólida en vuestra conciencia; aprovechaos de estos últimos rayos de misericordia, que la bondad de Dios envía aún á vuestro corazón. Acaso llegais ya á aquella última inconstancia, que va á poner fin con la obstinacion á todas las desigualdades de vuestra vida, y que como un árbol, muchas veces seco, muerto y arrancado de raíz, segun la expresion de un apóstol, vais á permanecer para siempre del lado que caigais: fijad, pues, en la obligacion todas las inquietudes de vuestra alma, para que, fundados y arraigados en la caridad, podais algun día, ir á recibir en el cielo la corona de la salvacion y de la inmortalidad, que está prometida á los que perseveraren hasta el fin. Amen.

Véase: FERVOR y PERSEVERANCIA.

INCONTINENCIA; véase: DESHONESTIDAD. — IMPUREZA. — SENSUALIDAD.

INCREULIDAD.

I.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?

Si os digo la verdad, por qué no me creéis?

(JOAN. VIII, 46.)

La impia pertinacia con que los fariseos persiguieron á Jesús Nazareno, por no verse precisados á observar la ley que les promulgaba, y cuya verdad y justicia tan evidentemente les habia demostrado, se ve hoy reproducida, en la páfida obstinacion con que los presumidos filósofos rechazan la revelacion divina, y contra la que se han conjurado, con el objeto de eludir el cumplimiento de los preceptos que Dios les ordena por ella: en cuyo caso, ¿cuándo interesará más el presentar á la consideracion de los fieles los motivos de su creencia? No se me oculta, que esta misma verdad puede darse por ofendida al ver, que emprendo su apología con peligro de desfigurarla, despojándola de su belleza y atractivos; conozco igualmente, que no soy enviado como los apóstoles á unas gentes incircuncisas, rebeldes y obstinadas en resistir al espíritu de la verdad, y sí á un concurso verdaderamente católico; confieso, en fin, mi osadía, al tomar á mi cargo tan árdua empresa; pero, las palabras que acabais de oír del Evangelio de San Juan, el poderoso ascendiente que va tomando la impiedad, que, cual mortífero contagio, cunde por todas partes, progresa en todas las naciones, se llena de arrogancia con sus conquistas, y amenaza insolente devorar al universo, y principalmente las enormes desgracias que afligen á nuestra patria, por la imprudencia de algunos, que se dejaron seducir al silbido de una falaz elocuencia; todo esto, me alienta, y como que me impele á arrostrar todas las dificultades. Espero, pues, que no llevareis á mal, que procure excitar vuestro celo para la persecucion de ese monstruo, recordándoos, en pocas palabras, su origen infame y sus terribles efectos; y que trate de averiguar la causa de haberse levantado tantos y tan encarniza-